

Teresa Wilms o el Afán de la Autodestrucción

por Fernando de la Lastra

No pretendo aportar nuevos antecedentes referidos a una de las más hermosas e inspiradas poetisas de nuestra literatura femenina de este siglo. Muchos cronistas se han ocupado y preocupado de su atormentada vida, en la cual se mezclan el mito y la realidad, la leyenda negra y el real infortunio. Es verdad que Teresa Wilms pasó por esta vida como una Magdalena. Su vida fue una tragedia —un desplazarse por el torrente del dolor— y constituyó, virtualmente, una constante inmolación. Algo hay en su pluma que nos hace recordar, insensiblemente, a Delmira Agustini y a Alfonsina Storni. Tienen, al menos, un común denominador que es el verso desgarrado. Y las tres se suicidaron. La primera con su marido a los 28 años; Alfonsina a los 46 y Teresa a los 28. Una bala, el mar y el veronal, hicieron sus trabajos.

Lamentablemente, su hermoso nombre ha sido tan olvidado como su obra. Pertenece más a la leyenda que a nuestras letras.

Joaquín Edwards Bello, uno de nuestros más notables y sagaces cronistas, la conoció y la admiró. Ambos eran porteños de viejo cuño. En muchos de sus escritos, aparece ella, siempre con expresiones de gran cariño, admiración y leal amistad. En su obra "Andando por Madrid y otras páginas", en una suerte de epílogo escribe: "Teresa Wilms, la única viñamarina romántica y poetisa, fallecida en París en 1922, se encuentra enterrada en el cementerio Pere Lachaise. El año 1926 fui a visitar su tumba en compañía del famoso músico Acario Cotapos, en París, monsieur Cotapó. ¿Quién le pondrá flores hoy o mañana, en medio de un tumulto de millón de habitantes?"

Es cierto. La tumba de Teresa, cubierta por musgo y soledad, está abandonada. En realidad, tal como ella quería.

Por su parte, Gonzalo Vial Correa en el tomo II de su Historia de Chile, hace de ella un magnífico perfil, más bien enfocado hacia el terreno de lo sociológico que de lo literario. Hace un magnífico paralelo con Federico Gana. Ambos aristócratas, ricos y bien dotados. Ambos fueron autodestructivos. El *taedium vitae* se los tragó.

Teresa Wilms nació en Viña del Mar en 1893. Siendo muy joven contrajo matrimonio con Gustavo Balmaceda Valdés (1883-1924), autor de dos obras insignificantes: Desde lo Alto, en 1917, y Al Desnudo, cuentos, en 1922. Fue un matrimonio desafortunado del que, sin embargo, nacieron dos hijas, cuya tuición le fue usurpada a su madre, golpe del cual jamás se repuso. ¿Hay, acaso, algo más doloroso para una madre que le quiten sus hijos...?

Teresa era diferente a su medio, siempre fue rebelde contra lo establecido y era de una belleza sorprendente. Sus trabajos literarios vieron la luz ya en Buenos Aires, donde residió algún tiempo, ya en Europa: "Páginas de mi diario" (traducido al inglés y curiosamente editado en China). "Con las Manos Juntas", "Los Tres Cantos", "Del Diario de Sylvia", "Anuari", "Cuentos para hombres que todavía son niños", "En la Quietud del Mármol". En 1922 aparece en Santiago —Editorial Nascimento— su obra "Lo que no se ha dicho" que es una recopilación póstuma de varias de sus obras, el cual es el que tengo a la vista. Una de sus obras mereció un elogioso prólogo de don Ramón del Valle Inclán, uno de los más notables escritores de la generación del 98. El ilustre poeta y novelista, autor de las famosas Sonatas,

percibió el genio de Teresa y se dobló ante su encanto y hermosura.

En una antología, leemos: "Cultivó la prosa poética. La muerte y la soledad persiguieron su vida torturada, como fieles lebreles, poniendo a prueba su temple y su mente se desvariaba en místicos afanes, envolviendo apariciones y realidades, sublimando su inestable personalidad. Atravesó este mundo como una sonámbula, abrumada por temprano hastío, escéptica, muda, inconventional, sin sosiego en su alma enferma de tristeza". Su mentecato medio social terminó por destruirla. También su propia familia.

Su amiga, la poetisa Sarah Hübner, la encuentra en París ya muy enferma y abandonada: "Todo su traje consiste en una camisa negra de algo así como jersey de seda muy gruesa, atada bajo los senos con un cordón de oro... desnudas las piernas y los pies, estos últimos metidos en chinelas de raso, cuajadas de piedras. Sobre los hombros, una capa de color coral encendido, pone reflejos de fuego en su hermoso semblante bañado de una palidez intensa, casi lívida. Los ojos... (tienen) una expresión tranquila... Los labios teñidos de púrpura se contraen con un imperceptible gesto amargo... Pelo corto en melena, que se riza en torno de su frente, como una aureola de oro o de sol. Es hermosísima, es buena... y no es feliz".

No lo fue nunca, agrega Gonzalo Vial. "La empapaba el mismo mal que veíamos en Federico Gana... la tristeza insondable de una aristocracia sin destino". En seres superiores, la hipersensibilidad suele ocasionar malas jugadas.

Su obra póstuma, ya mencionada, tiene un largo y bellísimo prólogo, anónimo (¿de Alone?). Ignoro quién lo escri-

Un excelente aporte editorial sería la reedición de las obras completas de esta "niña bien" fallecida a los 28 años. Que nadie la juzgue.

bió pero tiene que haber sido alguien que la estimó más allá de lo normal: "Felizmente para todas sus heridas sangrantes, la dulce amiga de los que sufren y siempre la esperan trazó su cruz de ceniza sobre su frente y puso en sus labios, entreabiertos, la sal amarga. Ya Teresa duerme bajo la tierra de Francia, muy lejos ¡ah! de los únicos gajos de su carne, que apenas si alcanzaron a saber de sus ternuras de madre... Bella de toda belleza, pura de alma porque supo sentir lo que otras mujeres no han sentido, anduvo sola por los anchos caminos del mundo, buscando lo que su corazón no iba a encontrar nunca... Era la flor de su sonrisa como el aliento interior que iluminaba el alabastro de su rostro impoluto. ¡Cuán dulce y penetrante la suave expresión de su belleza que irradiaba su presencia! Frágil y extraña, inquieta y caprichosa, se fue a medir los caminos del mundo, mordida de temprana melancolía, huyendo de los implacables enemigos de su corazón...".

Algunos párrafos de su obra: "Nada tengo, nada dejo, nada pido. Desnuda como nací me voy, tan ignorante de lo que en el mundo había. ¡Yo no tengo camino, mis pies están



heridos de vagar, no conozco la verdad y he sufrido, nadie me ama y vivo!". "Bienvenido Jesús, bello amado de tantas. Brindo por tus ojos divinos, por tu amor. Magdalena de este siglo, enjuugo tus aromados pies con las ropas de mis pecados empapadas en champaña".

En su estada en Buenos Aires, un argentino enloquece de amor por ella y se suicida.

A él dedica la escritora su desgarrado libro "Anuari". "Reposa tranquilo, Anuari. Seré siempre tuya. He hecho de mi cuerpo un templo donde venero tus besos y tus caricias, con la más honda adoración. Llevo clavada, como un puñal, tu sonrisa en el punto donde se posan mis ojos; esa sonrisa con los dientes apretados, que hacían de tu boca un capullo sangriento, repleto de blancas, relucientes semillas". "Anuari. Tu sonrisa es una obsesión destructora que mata todas mis risas, tu sonrisa provoca en mi mente la inquietud del relámpago en medio de la noche". Pareciera que un fuerte

sentimiento de culpa jamás la dejaría en paz. Siempre tuvo su ajada fotografía al lado suyo.

Y del "Diario de Sylvia" extraemos: "En mi alma hay dos cunas vacías, dos cunas heladas que no pueden entibiarse ni al calor de mis besos, ni tal desesperado desconsuelo de mi llanto... Mi alma es un palacio de piedra, donde habitan los ausentes, trayéndome la sombra de sus cuerpos para alivio y compañía de mi vida... Mi alma es un campo devastado donde el rayo quemó hasta las raíces y donde no puede florecer ni el cardo... Mi alma es una huérfana loca, que anda de tumba en tumba buscando el amor de los muertos... Mi alma es una flecha de oro perdida en un charco de fango... Mi alma, mi pobre alma, es una ciega que marcha a tientas, sin apoyo y sin guía... Mi alma es una muerta errante; es el fantasma de la pena".

Es en la nochebuena de París, de 1921, cuando Teresa fallece, al fin, en el hospital de Laennec, tras largos días de agonía y abandonada a su suerte. Gonzalo Vial agrega: "Vivía siempre con la muerte en los labios. Hablaba a menudo del suicidio como la única liberación eficaz. Revelaba conocer a fondo la sintomatología de todos los casos de muerte violenta (muchas veces se expresan) con estudiada naturalidad de la dulzura de morir en el delirio paradisíaco de una inyección de morfina. No fue la morfina, sin embargo, sino el veronal, lo que por fin usó para escapar al "vacío del alma". "¡Ah, vida, no ser, no ser...!"

Dice la leyenda que Teresa tendría sangre real por sus venas. Sangre azul de los Hohenzollern. Wilms sería abreviación de Guillermo...

Ella misma, en "Páginas de mi diario", escribe en Madrid, marzo de 1920: "Mi sangre diez veces noble, santa y estulta por los alambiques que ha cruzado, sufre ahora la transformación de un crisol sidéreo. Lo que nunca deseo, de-sea; lo que jamás extraño, extraña. De noble, santa y estulta se ha vuelto fiera, histérica y grave..."

Alguna vez, de joven, huyó con Vicente Huidobro a Buenos Aires. Sus ojos azules y el cabello rubio de Teresa enajenaron a nuestro poeta del Creacionismo, con el consiguiente escándalo en la sociedad de Santiago. Fue una locura que duró pocas semanas, pero que dejaron huellas. Y, precisamente, uno de los textos más inspirados y hermosos de Huidobro se lo dedicó a ella, cuando supo de su trágico fallecimiento en París. "Teresa Wilms es la mujer más grande que ha producido América. Perfecta de cara, perfecta de cuerpo, perfecta de elegancia, perfecta de educación, perfecta de inteligencia, perfecta de fuerza espiritual, perfecta de gracia". Y el poeta, tras largos lamentos, da término a su trabajo: "Se fue... Ahora ¿veis que hacía falta? En la noche de la Pascua de Jesús del año 1921, cuando el Pere Noel traía a la tierra los más hermosos juguetes del cielo, se llevó al cielo el más hermoso juguete de la tierra".

Pienso que un excelente aporte editorial sería la reedición de las obras completas de esta "niña bien" fallecida a los 28 años. Que nadie la juzgue. Nunca dejó su libro de cabecera, ni siquiera en el hospital: "La imitación de Cristo". Extraña paradoja y más extraño, todavía, el destino... El propio Alone, cayó también rendido ante su prosa poética.

Con seguridad que una Verónica, en sus postreros instantes de agonía, como a Jesús, le limpió el rostro con un lienzo blanco, purificándolo. Era buena...